



XI

Eran cerca de las once de la noche cuando la señora de Lorris regresó al sombrío pabellón que habitaba con su hermano en el muelle de Trouville. Casi al mismo tiempo y con gran sorpresa suya, vinieron á anunciarla que el señor Rias acababa de llegar y que deseaba hablar con ella. La joven miró á su hermano, [preguntándole con los ojos.

—Sí, debes recibirle, dijo.

Y se retiró.

El señor Rias se presentó: estaba muy contento, ó, por lo menos, lo aparentaba.

—Soy un importuno, exclamó, y ruego á usted me dispense; pero supe que mi mujer había salido

esta mañana con usted... y desearía saber si tendré el gusto de verla.

—Probablemente, dijo la señora de Lorris riendo; pero siéntese usted.

—No, no me siento... Únicamente quiero que me diga usted dónde está mi mujer, y me voy.

—Está en Villers, con los de Chelles, que la llevarán á su casa dentro de un momento.

—¿Y por qué no ha venido con usted?

—Porque yo estaba un poco cansada y no quise sacarla de allí tan pronto. Pero, ¿desde cuándo está usted aquí?

—Desde las cinco... He venido en el tren de los maridos, naturalmente... Cuando llegué me dijeron que mi suegra estaba en París con mis hijos, y que no sabían donde estaba mi esposa... Por esto ya comprenderá usted que he hecho una de las comidas más agradables... y además, haciendo un papel harto ridículo... ¡Buenas noches, querida señora!...

—Buenas noches... si tardase un poco en volver, no se alarme usted...

—No, no... buenas noches.

Ya se marchaba cuando la joven le llamó, tocándole suavemente en el brazo con la fusta que aún tenía en la mano:

--Señor Rias, dijo.

—Señora...

—Parece que está usted enfermo...

—Estoy muy bien... mil gracias.

—¿No reñirá usted mucho á María, cuando vuelva?

El la miró sorprendido y sin responder.

—¿Se acordará usted de que la pobrecilla vive un poco abandonada?

Lionel tornó á mirarla fijamente y repuso después de una pausa:

—¡Usted también me condena, usted también!...

—Quiero mucho á María.

—También yo la quise mucho, contestó Lionel con voz sorda.

—¿Y ahora? preguntó la señora de Lorris.

—Ahora, señora... es muy diferente.

Y agregó con repentino despecho:

—¿Dice usted que está abandonada? ¡Es cierto!... ¿Pero, qué hombre honrado y con sentido común puede asociarse á una vida como la suya?

—Dispéñeme usted, replicó ella con la misma dulzura; pero, ¿es mejor la vuestra?

—¡La mía... oh, Dios!... ¿No es ella quien me ha empujado á vivir así?

—Y ella, ¿no podría decir otro tanto?

—¡Oh, sin duda! repuso Lionel con amargura; ¡y es á ella á quien usted disculpa!... Sin embargo, si alguna persona debiera ser justa conmigo, era usted... pues si soy desgraciado, y lo soy infinitamente, usted tiene parte de culpa.

—¡Yo!...

—Sí, usted... y suplico que no vea en mis palabras ningún barrunto galante que sería en estos momentos muy extemporáneo. Pero, acuérdesse usted de aquella noche en que se decidió mi porvenir... aquella noche en que mi pobre madrina combatía mis objeciones, demasiado fundadas, contra

el matrimonio... Y no fué su elocuencia la que me venció, se lo juro á usted... Fué usted sola, con su presencia, con su ejemplo... Mirándola á usted, pensaba: «Pues bien, sí; habiendo mujeres como ésta, la felicidad es posible...»

—¡Por Dios, señor Rias! exclamó la señora de Lorris; dispéñeme usted, se lo ruego... y permítame decirle que conozco á su mujer desde hace mucho tiempo... que es superior á mí en todos conceptos... y que, por lo menos, es tan digna como yo de labrar la felicidad de cualquier hombre honrado.

—¡Sea! repuso Lionel friamente; entonces, yo soy quien la ha perdido... Adiós, señora.

El señor Rias atravesó el puente que une los dos territorios colindantes de Trouville y de Deauville, y volvió á emprender, costeando el mar, el camino que conducía á la quinta de Los Rosales, adonde llegó un poco después de media noche. María no había vuelto aún. Lionel subió á sus habitaciones y quiso distraerse leyendo, pero no pudo y emprendió por el despacho un paseo febril que, desgraciadamente, había de prolongarse mucho.

Conforme el tiempo transcurría, todos los enojos, todos los resentimientos que tenía contra su mujer, exacerbados por los penosos incidentes de aquella noche, iban invadiendo su cerebro poco á poco, llenándole de cólera; porque, hay que decirlo en honor suyo: Lionel de Rias no había podido resignarse, como otros tantos, al desorden de su casa. Era de esos hombres para quienes el matrimonio, cuando no es un encanto, es un suplicio, y

la mujer en quien había cifrado sus esperanzas de felicidad y que llevaba su apellido, podía serle odiosa, pero nunca indiferente. Odiaba á María. No la perdonaba el haber deshecho el ideal, algo indeciso tal vez, pero honrado y sincero, que él se había forjado del matrimonio. Se decía, y no sin razón, que había sido para ella un marido de los que no abundan; tierno, generoso, delicado y fiel hasta la noche en que ella rompió con sus propias manos el lazo conyugal. Desde entonces María era dichosa, dando rienda suelta á su carácter aturrido, vanidoso y casquivano. En cuanto á él, su vida estaba tronchada, y solo encontraba disgusto y enojo en los placeres de su juventud. Era el más miserable de los humanos: desanimado y desencantado de todo, de su hogar, de su trabajo, sin objeto, sin porvenir, sin dignidad y bien pronto tal vez, y merced á ella, ¡sin honor!... ¡Y aún era ella á quien compadecían... y á él, á quien acusaban!... Y el recuerdo de que la bella y hermosa señora de Lorris era también acusadora suya, era uno de los motivos que más exacerbaban su irascibilidad.

Los primeros resplandores del alba le sorprendieron absorto en estas amargas reflexiones. Corrían los últimos días de agosto; era ya cerca de las cinco de la mañana y la señora de Rias no había vuelto aún. Pasar toda una noche fuera de su casa, lejos de su madre y de su marido, en compañía de jóvenes licenciosos y sin otra égida protectora que la señora de Chelles, era una calaverada un poco grave. Lionel sintió que la paciencia se le acababa, y bajó á las caballerizas, mandó que

le ensillasen un caballo y tomó el camino de Villers.

El camino que va desde Dauville á Villers, como sabrán casi todos nuestros lectores, después de extenderse en línea recta entre las praderas y dunas no tarda en escalar el flanco de una serie de ribazos escarpados desde los cuales se abarca la extensión del Océano. La pendiente es bastante larga y rápida. Lionel ascendía aquella rampa al paso de su caballo, cuando en el silencio de la madrugada resonó á corta distancia un rumor de voces y de carcajadas que le sobresaltaron. Un momento después aquel rumor cesó ahogado por otros ruidos, y el suelo retembló sordamente como si un grupo de caballos lanzados al galope subiesen por la vertiente opuesta de la colina. De pronto vió Lionel asomar en el vértice del monte, recostándose sobre el azul todavía pálido del cielo, las siluetas de caballeros y de elegantes damas vestidas de amazonas, y comprendió enseguida que entre ellas vendría su mujer.

La cabalgata había refrenado su carrera y descendía la cuesta lentamente, y el alegre vocerío, los gritos y las risas resonaban con redoblado estrépito: después y bruscamente, todo cesó, y hubo un murmullo que también se extinguió en el silencio triste de los campos. Seguramente habían visto y reconocido, á despecho de la bruma, al jinete solitario destacado, como un centinela, en medio del camino.

El señor Rias siguió avanzando tranquilamente hasta hallarse á pocos pasos del brillante escua-

drón, y entonces saludó, sin revelar otro signo de emoción que su extremada palidez.

—Dispéñseme usted, dijo dirigiéndose á su mujer y hablando en voz baja y tranquila; pero he salido á su encuentro porque estaba inquieto.

—Ya ve usted, dijo la de Chelles, que va bien acompañada.

—Perfectamente, repuso Lionel; y se lo agradezco á usted mucho... ¿Vamos, querida mía?...

Saludó otra vez y volviendo grupas siguió el camino de Deauville acompañado de su mujer, mientras la señora de Chelles y su séquito regresaban á Villers.

Entre ambos esposos hubo unos instantes de silencio embarazoso.

—¿Cuándo llegó usted? preguntó María.

—Ayer tarde.

—¡Ah!

Después de una pausa larga, ella añadió:

—¿Ha visto usted en París á mi madre?

—No.

—Volverá dentro de dos días... ¿Sabía usted que se llevó á los niños?...

—Lo sé.

Habían bajado la cuesta y lanzaron sus caballos al galope como para concluir aquella conversación insostenible. Algunos minutos después entraban en el patio de su quinta.

Subieron sin hablar la escalera que conducía á sus respectivas habitaciones, y cuando la señora de Rias entraba en la suya y se disponía á cerrar, dijo Lionel:

—Permítame usted... y penetró tras ella.

Apenas cerraron la puerta y como la joven, inquieta y vacilante, permaneciese de pié con su largo vestido de amazona recogido sobre el brazo, Lionel exclamó, mirándola con ojos coléricos:

—¡Está bien!... ¡Lleva usted la vida de una mujerzuela!...

La señora de Rias se quedó blanca como la cera; pareció vacilar y soltando la cola de su vestido, que cayó al suelo, se apoyó sobre el primer mueble que encontró á mano: después se rehizo y dijo, desafiando audazmente la mirada de su marido:

—Creí que el secreto de agradaarle á usted consistía en parecerme á esas mujerzuelas.

—¡Pues ya ve usted que no! replicó Lionel con dureza: ¡Ah! prosiguió con creciente exaltación; ¿se quejan ustedes de estar abandonadas y de ser para sus maridos la querida de un día?... ¡Pues bien, es cierto, porque no son ustedes otra cosa!... ¿Y saben ustedes por qué?... Porque, precisamente, sois lo mismo que esas mujeres, porque lo que en ellas nos agrada, en ustedes nos repugna... porque queremos que difieran ustedes de ellas y no que se parezcan; que nos obliguen á olvidarlas, no á estarlas recordando continuamente... ¡Es, en fin, porque son ustedes la caricatura indecisa y torpe de aquellas!... Imitan ustedes sus trajes, sus movimientos, sus ademanes, su voz, su lenguaje... tienen ustedes sus puerilidades, sus locas disipaciones, su ignorancia... y como ellas sienten ustedes el desprecio del deber y el temor á los hijos... Pe-

ro, créame usted, eso no basta, y siempre quedáis vencidas en esa lucha infamante; perdéis en ella vuestros encantos sin conseguir emular los de ellas... No son ustedes honradas, ni heteras... son ustedes esposas sin virtud y queridas sin lujuria... ¡No son ustedes nada!...

Ante aquella terrible reprimenda la señora de Rias, bien fuese porque admitía su verdad cruel ó porque la desdeñase por injusta, no respondió. Después apartó la cola de su vestido con el pié y dijo, tirando del cordón de una campanilla:

—Con permiso de usted, llamo á mi doncella. Estoy algo fatigada.

Lionel se marchó llevándose un nuevo motivo de queja contra su mujer: el de haberle provocado á extremos de violencia contrarios á sus costumbres de dignidad y de buen gusto.

Dos ó tres horas más tarde un coche le esperaba en el patio para llevarle á la estación. En el vestíbulo se encontró con la doncella de la señora de Rias.

—¿Sin duda, la señora está durmiendo? preguntó.

—Sí, señor... la señora duerme... repuso la muchacha lacónicamente.

—No quiero despertarla, dijo Lionel; además, ya la he advertido que hoy tenía que salir para París necesariamente.

Y se fué.

En la tarde de aquel mismo día la señora de Loris fué á casa de su prima para informarse de lo que había ocurrido. Sobresaltada por la alteración

que desfiguraba el semblante de la señora de Rias y por su agitación febril, la acosó con sus preguntas hasta conseguir que la refiriese detalladamente el lance conyugal que había tenido por la mañana; y como la viese muy excitada no la dirigió ninguno de los reproches á que su poco juicio la hacían merecedora, limitándose á prodigarla afectuosas caricias. Lo que más la sorprendió fué que la joven parecía negarse á recibirlas.

—No me beses tanto, Luisita, dijo la señora de Rias sonriendo con amargura; tal vez te arrepientas muy pronto.

—¿Por que?

—Voy á decirte.

Levantóse bruscamente, cogió una carta de su pupitre y la arrojó abierta sobre las rodillas de su prima.

—Toma, dijo, lee.

La señora de Lorris leyó rápidamente; la carta era del vizconde de Pontis: tenía las expresiones más apasionadas, más fogosas y más comprometedoras, y en ella solicitaba una entrevista para la noche siguiente, en que la ausencia de la señora Fitz-Geral les ofrecía una ocasión que probablemente no volverían á encontrar. Pontis rogaba á la señora de Rias que no le desesperase negándole algunos minutos de conversación en el jardín de su hotel. Llogaría á la verja entre las once y las doce de la noche y allí permanecería esperando la vida ó la muerte.

—¿Cómo te expones á recibir cartas de esta índole? dijo severamente la señora de Lorris; ¿supongo que le habrás contestado debidamente?...

—Tienes razón, contestó la señora de Rias con su extraña sonrisa; ayer he respondido como debía, porque ayer era aún una mujer honrada...; pero hoy soy una mujerzuela... y voy á contestar como tal...

Cogió un lápiz y escribió rápidamente por debajo de la firma del vizconde, esta sola palabra: —Sí... Después se la enseñó á la señora de Lorris, escribió el sobre y tiró de la campanilla.

La señora de Lorris se había levantado y la miraba estupefacta.

—¡María, gritó, te lo ruego!

Un criado entró.

—Juan, dijo la señora de Rias, monte usted á caballo en seguida y lleve esta carta á Houlgate, á quien va dirigida.

En cuanto el criado se fué, añadió volviéndose presurosa hacia la señora de Lorris:

—No me sermonees inútilmente... ¡no me digas nada, ni una palabra!... Déjame... vete, ¡vete á llorar por mí!...

—¿Me despides de tu casa, María?

—¡Sí, te despido, vete!...

—Querida niña, dijo Luisa envolviendo á la joven en una mirada de dulzura y de piedad; yo te querré siempre, ya lo sabes... Serénate... ahora estás demasiado exaltada para escucharme... ¡bueno!... Ya volveré...

Y se fué después de besarle las manos.

Alrededor de las seis, en efecto, y después de hacer algunas visitas, volvió. La dijeron que la señora de Rias había salido y que comería fuera;

pero en la confusión del criado comprendió que su prima había dado orden de no recibirla.

Cuando Luisa entraba en su hotelito con el corazón oprimido, la entregaron una esquelita de la señora de Rías, que leyó con ansiedad: en ella solo había estas palabras:

«No digas nada á tu hermano.»

La idea que aquella carta sugirió á la señora de Lorrís fué, precisamente, la de referirselo todo á su hermano, cuyos consejos necesitaba. Su suegra, la señora de Veyle, estaba en París desde hacía varios días y los acontecimientos eran demasiado urgentes para que pudiesen dirigirse á ella. Además, la singular preocupación que inspiró el billete de María, demostraba que el señor de Kévern ejercía un dominio sobre ella que probablemente podrían explotar favorablemente. Con este pensamiento corrió Luisa al cuarto de su hermano, se arrodilló ante él con gracejo infantil, y le confesó en voz baja y apasionada los incidentes de la visita que acababa de hacer á su prima. Terminó su relato enseñándole la carta que acaba de recibir, y después, con toda la avasalladora elocuencia de sus ojos doloridos, le suplicó que la ayudase á salvar el honor de la amiga de su infancia que más quería.

El señor Kévern la escuchó sin que en su severa fisonomía se transparentase la más leve emoción; luego dijo con acento bondadoso:

—Comprendo tu dolor, querida niña... yo también lo siento... pero, no puedo hacer nada, soy un extraño para esa mujer... ¿Cómo quieres que luche

contra un marido y un amante que parecen coaligados para precipitarla al abismo?... ¡Imposible!... Mi intervención sería ineficaz... y, además, ¿de qué medios he de valerme para llegar hasta ella?...

—Si la escribieses... apuntó tímidamente la señora de Lorrís.

—¿Qué diantre quieres que la diga?

—Lo que te parezca.

El señor Kévern reflexionó un momento con aire aburrido; luego acercó su mesita de trabajo y escribió la siguiente lacónica esquelita:

«Mañana será usted muy desgraciada.

Kévern.»

—Dí que lleven esto, si quieres, querida mía, dijo; pero te advierto que es completamente inútil. Si reflexionas comprenderás que ese renglón va dirigido á una mujer poseída simultáneamente por las pasiones de la venganza y del amor, y que será como una gotita de agua arrojada en un incendio.

—Diré que espera contestación.

—Dilo, repuso el señor Kévern con su serena ironía.

Una hora después y cuando ya estaban concluyendo de comer, entró en el comedor el criado que llevó la carta. La señora de Rías había dicho que

estaba bien y que no tenía que dar ninguna contestación.

El señor de Kévern y su hermana salieron á dar un paseo por la playa, y él sentía que el brazo de la joven temblaba bajo el suyo.

—¿Estás triste, Luisa mía? dijo.

—Sí, mucho... La tarde está muy fría, me parece... diríase que estamos ya en otoño...

—Pues, ¿sabes lo que vamos á hacer?... Volvernos á casa, encender un buen fuego y fingirnos la ilusión de que distraemos una noche de invierno junto á un hogar confortable. Parece que las penas se aminoran cuando tenemos á nuestro alrededor un cuadro sonriente y tranquilo.

Después regresaron á su casa y se acomodaron en un saloncito al que las llamaradas y el chisporroteo de la chimenea prestaban una alegría y un bienestar suigéneris. La señora de Lorris trabajaba en sus labores y su hermano, sentado delante de ella, la leía un artículo de *La Revista*. Al principio pareció escucharle atentamente, pero, conforme avanzaba la noche, se iba inquietando, sus ojos se dirigían alternativamente desde la aguja al reloj, y su semblante expresaba la angustia que la oprimía el corazón. Acababan de dar las once cuando el señor de Kévern vió que algunas lágrimas se escapan de los ojos de la joven y caían gota á gota sobre su labor. Entonces interrumpió su lectura y dijo cogiéndola las manos:

—¡Vamos, hija mía, vamos!...

—¿Qué quieres? murmuró; ¡me recomendó que la llorase... y la lloró!....

Y empezó á sollozar.

De pronto levantó la cabeza y se enjugó los ojos rápidamente. Un coche se había detenido en la calle, frente al hotel. Después se oyeron las pisadas de alguien que subía la escalera. Luisa se levantó precipitadamente y abrió la puerta del salón; entonces sintió el ruido de una falda de seda y poco después vió bocetarse en la sombra el rostro fino y pálido de la señora de Rias. La joven dió un grito:

—¡María, oh, Dios mio!...

Después la abrazó, sofocándola con sus besos.

La señora de Rias se desprendió muy conmovida de los brazos de su prima y dijo con una especie de alegría febril:

—¡Ah, querida mía!... ¿Quieres darme hospitalidad?...

—¿Hospitalidad?

—¡Vaya, sí!... Figúrate que tengo miedo por las noches, ahora que no están conmigo ni mi madre ni mis hijos... Me he acordado de que tu suegra se había vuelto á París y he creído que durante dos noches podría disponer de su habitación.

—¡Ya lo creo! exclamó la señora de Lorris.

En seguida llamó á su doncella, y mientras le daba algunas instrucciones en voz baja, la señora de Rias se aproximó á Kévern, que había permanecido un poco separado por discreción, y le dijo alargándole la mano:

—¡Gracias!

El señor de Kévern no respondió y se inclinó ceremoniosamente.

La joven se sentó entre los dos hermanos y dijo desenvolviendo lentamente una labor que, por las trazas, parecía no haber visto la luz desde hacía muchos años, y acomodándose bien en su sillón:

—¿Habéis encendido fuego?... ¡Qué buena idea... qué bien se está aquí!...



XII

Desde entonces se estableció una larga y asidua correspondencia entre los principales personajes de esta historia. Aquí publicaremos únicamente las cartas necesarias para la buena hilación de los acontecimientos.

La señora de Lorris al señor Rias, en Paris.

«Trouville, 23 agosto.—Querido señor: Ayer, después que usted se marchó, su esposa tuvo la feliz idea de venir á hospedarse en mi casa hasta que vuelva su madre. ¿Le parece á usted bien?»